



Que ahora son los golfos de Lepanto,  
Donde el hijo de Carlos poderoso  
Al espanto del mundo puso espanto,  
Al roto barco del leonés brioso  
La luz le amaneció del cielo santo,  
La mar algo tratable, el recio viento  
No tan desconcertado ni violento.

Parecía que fortuna ya cansada  
De luchar con los aires se rindiese,  
Y vencida, á la fusta no domada  
La palma y vencimiento concediese:  
La tierra ya de lejos saludada,  
Que el alto Epiro se entendió que fuese,  
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,  
Y el firme pié al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente  
De Alcione los jardines celebrados,  
Y Léucada engolfada al mar de Oriente,  
Siendo antes tierra firme sus collados;  
Y el promonto Fálaro eminente,  
Que en uno de sus riscos encrespados  
(Si debe ser la antigüedad creída)  
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra  
Los altos montes de Cefalonía,  
Donde el reino Teléboe se le muestra,  
Que por sus costas de robar vivía;  
Y la ondosa canal á la siniestra,  
Que abrió á pesar de Italia estrecha vía,  
Para pasar sus olas enrizadas,  
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo día  
Perdido se halló, aunque no anegado,  
Ya sin fuerzas la gente que tenía,  
Si alguna en tanto riesgo había sobrado:  
Olfa, que así la dama se decía  
De la princesa del Quinsay dorado,  
Perdida su señora de improviso,  
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,  
Si el nuevo amante no la reportara,  
Y en discreto decir, la pena fiera  
Que el alma le oprimió no le ablandara:  
Donde á vueltas también le ruega quiera  
Decirle algo de aquella beldad rara,  
Que á ambos dejó en confuso desconuelo  
¿Quién sea, de qué nación, qué tierra, ó cielo?

Olfa que en las grandezas del mancebo  
Ser algún disfrazado dios creía,  
«Marte invencible, hijo, á quien ya debo  
Mil vidas, oye...» y proseguir quería;  
Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,  
El roto barco en dos ven que se abría,  
Que ya encallado en una firme peña,  
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajo,  
Y hacerse á un golpe dos ¡extraña cosa!  
Fue todo á un tiempo, y con un norte frío  
Bramar la mar de nuevo temerosa:  
De todos solo el castellano brio  
Quedó entero en su fuerza poderosa,  
Que los demás con solo el temor ciego  
Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado  
En ancho y espumoso remolino,  
Donde bien su valor mostró abreviado  
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:  
Que de su arnés lumbroso despojado,  
Sobre la gruesa rosca de un gran pino  
La bella china puso desmayada,  
Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena  
Rico peso, también por no dejallas  
Donde el antiguo griego en nueva pena  
Por culpa suya trate de guardallas:  
Entra la erespa mar de espumas llena,  
De sus olas rompiendo las batallas,  
La playa busca, cuando al turbio viento

Fortuna al parecer da nuevo aliento.

## LIBRO DÉCIMOCUARTO.

## ALEGORIA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razón, desenfrenadamente corre á su venganza: y los monstruos de Creta lo son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinión que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia, y el engaño.

QUAL bello cisne sobre el crespado vado  
De Meandro, sin que en él se le consuma  
Del blanco pecho el tumbo levantado,  
Cercos engarza de liviana espuma;  
Y en remolinos de cristal cuajado



Humedeciendo va la hueca pluma,  
Hasta que al fin entre la juncia verde  
Al suave son de su cantar se pierde.

Así luchando el español guerrero  
Por las saladas ondas discurría,  
Diestro piloto hecho y marinero  
A la pesada entena en que venía:  
Dando consuelo al llanto lastimero  
De Olfa, que en hermosura parecía  
Bella sirena, si de cuando en cuando

En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,  
O la mudable imagen de Proteo,  
El crespado mar sospecha; que ninguno  
Que sea mortal alcanza igual trofeo:  
Y así por dios del mar de uno en uno  
Cuantos los campos cruzan de Nereo  
Le rindieron debido vasallaje,  
Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna ya afrentada

De verse de un mortal brazo vencida,  
En el tumbo espumoso disfrazada  
De la ola de un lebeche embravecida,  
A Olsa, su amparador, y la aferrada  
Entena echó á la costa encanecida,  
Por donde de Beocia en corva raya  
El rio Cefiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,  
Naciendo en las alturas del Parnaso,  
Cefiso, en cuya orilla está una torre  
Rota y gastada ya del tiempo escaso:  
Templo antiguo de Temis que socorre  
Con su saber el mundo á cada paso,  
O ya dando hombres nuevos, ó medido  
A la razon el gusto del sentido.

Aquí ya libre del rigor pasado  
Bernardo afirmó el pié en la seca arena,  
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,  
Y Olsa con él de espanto y temor llena:  
Y el riesgo en verse libres olvidado,  
Sola la nueva ausencia les da pena  
De aquella celestial belleza rara,  
En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,  
Desnudo y libre del rigor pasado,  
En nueva sombra y tempestad el suelo  
De agua tenia y vientos anegado,  
Cuando en un tibio y mudo desconsuelo  
Al antiguo edificio derribado,  
Que á la ancha boca está del turbio rio,  
A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,  
De otra mayor tormenta y desconcierto  
Echados, cuando el suelo á los mortales  
De agua se vió y de confusion cubierto  
Deucalion y Pirra en los umbrales  
Fueron del sacro templo á tomar puerto,  
Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,  
De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso  
Mas que otras veces lo es breve y pequeño,  
Por entre el aire lóbrego y nubloso  
Vanas fantasmas destilando el sueño,  
Cuyo silencio hizo del reposo  
Del mundo á la quietud sabroso dueño,  
Y al amante español, y á su doncella  
Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla obscura  
Espantos á una parte y á otra lleva,  
Y el frio cierzo cernido en nieve pura  
En altos pinos sus bravezas prueba:  
Suenan los aires, brama la espesura,  
Crece el rigor, y el viento se renueva  
Llenos el Norte, helados ambos senos,  
De ardientes rayos, y de roncós truenos.

Cuando, sin otra prevencion de cena,  
Buscando amparo á la region nublosa,  
Y abrigo al viento que en los bosques suena,  
Una caverna vieron tenebrosa:  
La obscura boca de malezas llena,  
Que en su enlutada tumba sospechosa,  
Desde un rincon del carcomido muro  
Lugar da, mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrupulo bajando  
Al escalon primero de la gruta,  
Solo donde poder dormir buscando  
Un pequeño campas de tierra enjuta:  
Y como en parte estraña recelando  
Agudo silbo de serpiente bruta,  
Enroscado dragon, ó cama fiera  
De rojo tigre, ó súbita pantera.

Hizo el leonés del sótano á la entrada  
Escrutinio en las ramas y malezas,  
Probando con la punta de la espada  
Del ciego seno su áspera estrechez:

Y hallando parte enjuta y abrigada,  
De yerba y secas cañas, adereza  
A la medrosa dama un breve lecho,  
Alivio á los cuidados de su pecho.

Y á par della sentado le suplica  
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta  
De la ausente beldad que el alma rica  
De esperanzas en gloria le sustenta;  
¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?  
¿Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta?  
¿Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama?  
Dijo, y así le respondió la dama:

«Regalo celestial, fruto fecundo  
De dulce amor y suertes de fortuna  
La beldad dieron, que única en el mundo  
Adoró el sol, y respetó la luna:  
Bella princesa, resplandor segundo  
Del reino que á la luz sirve de cuna,  
De Medoro y de Angélica la bella  
Parto feliz en venturosa estrella.

Marte lloviendo helicosa lumbré  
Subia á la sazón con mayor brio  
Por sus dorados gonces á la cumbre  
Del austral capricornio húmedo y frio;  
Y del carro acerado la vislumbre  
En su mayor pujanza y señorío,  
Sobre el grado penúltimo subido  
Hasta los veinte y ocho habia corrido.

Venus con la blandura acostumbra  
Le iba templando en parte la aspereza,  
De los demás planetas rodeada,  
Cada cual en su punto y fortaleza:  
Solo Saturno, cuya frente airada  
Tristes anuncios daba á su belleza,  
En veinte grados puso su tesoro  
Del enemigo vellocino de oro.

Esta admirable conjuncion de sinos  
A la gran China dió esta real princesa  
Arcangélica dicha, que en divinos  
Rayos de luz en tu alma vive impresa:  
Junto al Quinsay en maros peregrinos  
Por un bosque bellissimo atraviesa  
El castillo de Mangi, de quien viene  
Al reino el nombre, y el honor que tiene.

De doce millas su torreado muro  
De fino jaspe en proporcion cuadrado,  
Con mil torres altísimas seguro,  
Donde está un grueso ejército alojado:  
En cada esquina de alabastro duro  
Un altísimo alcázar levantado,  
Guyas torres y almenas por decoro  
Sustentan ricos chapiteles de oro.

La altiva frente que al Oriente mira  
Rica puerta abre de bruñida plata,  
Que al sol sirve de espejo en que se mira,  
Y con sus rayos otro sol retrata:  
Esta al rey solo se abre, y se retira:  
Dándole paso, él solo pisa y trata  
Sus umbrales, y en otros mas escasos  
El vulgo estampa sus humildes pasos.

En medio el ancho muro, que cubierto  
Todo está de arboledas y jardines,  
De fuentes y de estanques, por concierto  
Puestos entre arrayanes y jazmines,  
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto  
Briosos cruzar los bellos francolines,  
Y dar los cisnes música á las flores,  
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

Saltan los corzos, y la liebre corre  
Por entre murta, sándalo y verbena,  
Libre de que le siga ni le barre  
Otro paso los suyos en la arena:  
Una á otra se sigue, y se socorre  
Con fiesta y grita de retozos llena,  
Gozando de sus juegos y primores

La luz de los altivos miradores.

En medio el real jardín, sobre un collado  
De cinamomos y canelas lleno,  
A quien las rosas y azahar nevado  
Con menos costa vuelven mas ameno,  
Está de verdes mármoles labrado  
El imperial alcázar, cuyo seno  
En ricas salas de oro y pedrería  
Eterno guarda, y sin morirse el dia.

Yo no se bien si la caverna ó gruta  
Del peñascoso Ténaro deshizo  
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa  
Con lo que este vistoso alcázar hizo;  
O de los bactrianos en la inculta  
Scitia, el pueblo inconstante y movedido  
Tiene alguna cantera de esmeraldas  
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.

O las minas de Copto, que en Egipto  
A Tebas dan sus mármoles preciosos,  
Dieron á la India el bello circuito,  
Que dió á este real jardín lejos vistosos:  
Todo él cercado en torno de infinito  
Aparato, de estatuas y colosos,  
Bultos, mónstruos, figuras y medallas,  
Y otras varias grandezas y antiguallas.

Por cien torres en torno se dilata  
Con chapiteles de oro por cabellos,  
Y mil balcones de luciente plata,  
Que heridos del sol deslumbra el vellos:  
Lo de dentro suspende y arrebatada  
Con dibujos bellísimos, y en ellos  
Llenas las salas, patios, corredores,  
De guerras, cazas, fábulas, y amores.

Aquí el gran Chino por su gusto tiene,  
Cuando la corte deja, su morada:  
Aquí á aliviar la grave carga viene  
Del cetro de oro y magestad pesada:  
Aquí en alegres cazas se entretiene,  
Y goza quieta vida regalada,  
Y aquí tambien entre frescura tanta  
Del Quinsay se crió la bella infanta.

Ya quince vueltas el autor del dia  
En las balanzas de oro habia ajustado  
La clara luz con la tiniebla fria,  
Y otras tantas al mundo renovado,  
Vistiéndolo de flores y alegría,  
Después que el quinto círculo dorado  
Del cielo hizo en Angélica la bella  
El divino retrato dél, y della.

Y estando la una y otra retirada  
Deste real bosque en la agradable vida,  
Una en correr las liebres ocupada,  
Y otra en rendir las fieras divertida,  
En el Canfú surgió una gruesa armada,  
Y el ruido y temor de su venida  
Subió al jardín por la corriente arriba  
De un rio que al bajo mar Quinsay derriba.

Zambri, soberbio rey de la Moscana,  
Nieto del desdenoso Radamanto,  
A quien Roldan mató, y con su temprana  
Muerte heredó su nieta imperio y llanto,  
El en que comenzó su edad lozana  
Venia en ella á vengar, trayendo cuanto  
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra  
En aparato y máquinas de guerra.

Quería arrogante á cuenta de su empresa,  
Y la vertida sangre de su abuelo,  
Por su mujer ganar á la princesa,  
Y de la China el ancho y fértil suelo:  
Llegando sobre el parque con tal priesa,  
Que antes que se tuviese de él recelo  
Había allanado ya su fortaleza,  
Y preso de las dos la una belleza.

A Angélica prendió, y sus damas todas,  
Creuyendo que iba la princesa en ellas,

Con que ya dentro en sus felices bodas  
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:  
Y sin temer las tristes tornabodas  
Conque la instable diosa hace mellas  
En los mas firmes gustos, con su gente  
Al mar se hizo la vuelta del Poniente.

La gallarda Arcangélica acosada  
Del riesgo atroz, y asalto repentino,  
De su mismo valor estimulada  
Un arnés se vistió de acero fino;  
Y no con flaca y femenil espada  
La alta defensa de su honor previno,  
Mas cual bella amazona se arrebatada,  
Y con belleza y armas riude y mata.

Sola su lanza, sin la humilde gente  
Que de encuentro llevó, quitó la vida  
Al jayan Madagascar, que en Oriente  
El brazo fue y la espada mas temida:  
Al rey de Gozurat, que la eminente  
Luz de los polos tiene por medida  
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,  
Y al negro y grueso mónstruo de Zancibar.

Siguió el alcance y bella retirada  
Del incauto Zambri, libre y dispuesta  
De no volver á ver sino es vengada  
De Mangi los vergeles y floresta:  
Y en un navío que rindió embarcada  
Entre la flota, que con grita y fiesta  
Del victorioso triunfo alza la vela,  
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.

Como del Caspio mar en la ancha playa  
Hircana tigre de corage llena,  
Antes que el cazador por piés se vaya  
Los suyos ella estampa en el arena,  
Y por el rastro que dejó se ensaya  
A vengar el agravio de su pena,  
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,  
Y á seguir vuelve el cazador que huye:

Así del blando chino la princesa  
Al seguimiento y presto alcance vino  
Del que á su dulce madre lleva presa,  
Furiosa destrozando en el camino,  
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,  
Y de morir en ellos se hace dino,  
Hasta abordar la rica capitana  
Del bárbaro Zambri, rey de Moscana.

Y allí, á pesar de la enemiga gente  
Que en el naval ejército venia,  
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente  
Por las contrarias armas discurria:  
Mató al rey vano, y la arrogante frente,  
Donde forjó imprudente fantasia  
De ser su esposo, en un gallardo tajo  
Del confuso celebro la echó abajo.

Y en tanto en gente y armas abundante  
La voz llegó del general socorro  
Con fuerza tal, que al campo Radamante  
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,  
Ni chino barco, que con brio triunfante  
Urca vencida no llevase á jorro,  
Debiéndose al valor de la princesa  
La honra mayor de la importante empresa.

Mas cuando ella en rendir la capitana,  
Y en dar muerte á su rey se detenía,  
El príncipe de Ormuz que al de Moscana  
De general por tierra y mar servia,  
Ardiendo en torpe amor su alma liviana  
Por la Angélica reina que traia  
Presa á su cargo con el nuevo espanto  
Del muerto sucesor de Radamanto.

En presta zabra con medrosa presa,  
A vueltas del sangriento herir confuso,  
La reina de Catay de nuevo presa  
Con lo mas rico del despojo puso:  
Y cual presto alcotel que ha hecho presa

Volando huye por el mar difuso,  
Ciego, trocando honor, navíos y gente,  
Por un robado amor huye al Poniente.

La princesa que al triunfo y alegría  
Del vencimiento halló lo mas precioso,  
Que allí en tan nuevo oficio la traía  
Robado del ladron de Ormuz medroso,  
Hundir el mundo con furor quería,  
Y de ira ciega en bando riguroso,  
Sin dejar ni una fusta reservada,  
Abrasar manda la enemiga armada.

Ciento y diez velas que al rigor de Marte  
Parecieron sobrar, sin sacar dellas  
De enemigos despojos mayor parte  
Que las cautivas damas y doncellas,  
Barloadas todas de Vulcano el arte  
En resonantes globos y centellas,  
De sus grasientos senos subió en vuelo  
Los roncos gritos y la llama al cielo.

Yo aquella pienso fue la vez primera  
Que el ancho mar temieron se abrasara,  
Que sus golfos el fuego consumiera,  
Y en ceniza su arena se tocara:  
Y ardiendo la enemiga armada entera  
La ciega noche oscura volvió clara,  
Para que así mejor viese la fama  
Sobre un golfo de mar otro de llama.

Hecha por la princesa su victoria  
Esta espantosa y triste luminaria,  
En que no quedó rastro ni memoria  
De la potencia y presuncion contraria:  
Tras el corsario de su honor y gloria,  
Que su alma lleva en huida temeraria,  
En un navío se arrojó velero,  
Mas de valor armada que de acero.

Trájome sola á mí en su compañía  
Para el servicio suyo, y dando al viento  
Las velas tras el bárbaro que huía  
Vencimos en correr al pensamiento:  
Pasamos por el Pilbo y la Zangia,  
De isla en isla tomando guia y tiento,  
Cruzando en vuelo al cristalino campo,  
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

Dejamos ambos Líquios á la izquierda,  
Y á la diestra la costa de Chincheo,  
Dando al camino y la congoja cuerda  
Hasta la alta Camboja y el Burneo:  
A Gilolo de lejos se me acuerda  
Que vimos, y en bellissimo rodeo  
Las Malucas vistiendo con sus flores  
Los aires de aromáticos olores.

La bella y rica Chersoneso de oro,  
Con su ciudad y reino de Malaca,  
En seguimiento del cobarde moro  
De árboles nos mostró su costa opaca:  
Y entre la Taprobana, y el tesoro  
Que por sus costas baña la resaca,  
La vuelta dimos sin alguna altura  
A la punta y combés de Cinapura.

De allí el rumbo siguiendo del piloto,  
Que á la inquieta princesa, mal contenta  
Del mar presente y círculo remoto  
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta:  
A un descompuesto viento el árbol roto  
Corrimos la ancha costa alharaquenta  
De Samatra, ciñendo nuestra frente  
De la alta equinoccial el cerco ardiente.

Y á la luz del eanopo, que allí claro  
Como un limpio carbunco se les muestra,  
El peñasco de Cídara al reparo  
De un abrigo quedó, y á la siniestra  
El cabo de Naguacar, puerto raro,  
Donde aquel día surgió la barca nuestra,  
Y halló entre los que habitan por sus peñas  
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

Seis dias antes salió del mismo puerto,  
Y nosotros aquel que en él entramos,  
De Mengala cruzando el golfo abierto  
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;  
Y el promontorio Cori, descubierto  
Por Trabancor hasta Cochín pasamos,  
Y allí hácia Calicut un bajel vimos,  
Que en lo alto ser de Persia conocimos.

Fuimosle aquella tarde dando caza  
Con la siguiente noche, y cuando el día  
El triste luto al mundo desenlaza,  
Que por la muerta luz puesto se había,  
Ya en sus señas claro y en su traza  
Ser vimos el de Ormuz, en quien venía  
La Angélica beldad sin culpa presa,  
Y en su demanda la oriental princesa.

Con nuevo regocijo y alboroto  
Embestimos con él y al abordallo,  
Solo seis caballeros y el piloto  
Con las armas vinieron á estorballo:  
Quedó rendido, y por la jarcia roto  
Del encuentro primero, y al entrallo,  
Encima vieron del combés cubierto  
De tela de oro negro un hombre muerto.

Supimos que de Ormuz el rey Blaucarte,  
Tras quien se hacia la infeliz jornada,  
Era el muerto, y que Angélica su parte  
Hizo en dejarse en su prision vengada.  
Sobre el cabo de Cori, el baluarte  
De una florida selva da abrigada  
De los vientos de Oriente una bahía,  
Donde el rey fugitivo llegó un día.

Quiso cansado de la mar bajarse  
Al márgen de una fuente cristalina,  
Entre blancos jazmines, que á emboscarse  
Por su espesura el mismo olor inclina;  
O por entretenerse, ó por holgarse  
Con la robada diosa de la China,  
De quien habia en sus deseos venido  
De una esperanza en otra entretenido.

Suspensio el día, que pasó volando  
En esperar sus reyes á la orilla,  
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando  
Al mar de Goa el claro sol se humilla,  
Que por la temerosa selva entrando  
La fria imagen vieron amarilla  
De su imprudente rey, que en el desierto  
Huyéndose su amor le dejó muerto.

Creese que en el favor de su regazo  
Con dulce paz le degolló dormido,  
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!  
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:  
Entraron por la selva un gran pedazo,  
Mas cególes el rastro y el sentido  
La oscura noche y tierra no sabida,  
Y la pena de ver su rey sin vida.

Así el sordo navío en llanto amargo  
Degollado mostraba su rey muerto,  
Con quien al rico Ormuz por su descargo  
De luto iba de lágrimas cubierto:  
Y al pasar de Trabancor el mar largo,  
Haciendo escala en su vecino puerto,  
De la vengada reina tuvo nueva,  
Que de sus playas la salvó una cueva,

Y en un navío para el llano Egipto,  
Dando las velas á un terral liviano,  
Ya libre se embarcó de su delito,  
Si alguno fue matar á un rey tirano:  
Así con triste y lastimoso grito  
Razon de si nos dió el navío persiano,  
A quien la real princesa libremente  
Con su rey muerto le dejó y su gente.

No le entregó á la tragadora llama,  
Como á la flota hizo su enemiga,  
Mas reservarlo quiso para fama,

Que la venganza de su agravio diga:  
Y tras quien le dió el ser, cual tierna gama,  
Al real piloto manda que prosiga  
Su derrota, y en bello circuito  
Las Arabias costee, y vuelva á Egipto.

En la punta de Aden una tormenta,  
De no menor rigor que la pasada,  
La nao despedazó en furia violenta  
Sobre una roca en agua sepultada:  
Y sin que el intratable mar consienta  
Por su crespo cristal hacer jornada,  
En seis siguientes lunas que así estuvo,  
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

Hasta que de la punta del mar Rojo  
A dar fuimos por tierra á Alejandria,  
Por entre rotos mármoles, despojo  
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:  
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo  
De la que reina donde nace el día,  
Que de allí en busca de su amado ausente  
El rumbo habia tomado del Poniente.

Ha muchos años que el gentil Medoro,  
Ausente de los ojos de su dama,  
La dulce risa vuelta triste lloro,  
Y desierta dejó su alegre cama:  
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,  
O sea cierto rumor, ó incierta fama,  
Yo la diré despues, que ahora digo,  
Que á buscar fue de allí á su caro amigo.

Diéronle nuevas dél en Tolomita,  
Donde se entiende que llegó primero,  
Con que el muerto deseo resucita,  
(Si es mortal el amor que es verdadero)  
A la madre tambien la hija imita,  
Y en busca de ambos un navío ligero  
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente  
Los graves reinos busca del Poniente.

Arrojónos en calmas y en tormentas,  
De isla en isla rodando y puerto en puerto,  
Al mar Carpacio, que es de olas violentas  
Un importuno y ciego desconcierto;  
Y en el Egeo tras él playas sedientas  
De Creta vimos, y en el golfo abierto  
De Corfú su arenal, por donde un día  
El viento nos echó en Cefalonia.

Allí por lances y peligros varios  
La mar nos despeñó, y allí perdimos  
Nuestro bajel, y en otro de corsarios  
Que en el puerto hallamos nos metimos:  
Andaban en sus robos ordinarios  
De la herviente costa á los arrimos  
Cien piratas á cuenta de un gigante,  
Gran capitan de Creta, y rey de Jante.

Era uno destos del navío que digo,  
Contra quien dos de la cercana tierra,  
Por peligroso y bárbaro enemigo  
En trance entraron de sangrienta guerra,  
Donde de la princesa el brazo amigo  
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,  
Siendo los aires de su ardiente espada  
Nueva tormenta á la enemiga armada.

Retirólos á golpes insufribles  
La bella sucesora de Medoro,  
Proezas haciendo y golpes increíbles  
En favor del navío de Arcandoro:  
Mas hacer bien á bárbaros movibles,  
Es sembrar por la mar arenas de oro,  
Y este en las sirtes de Africa nacido,  
Había á mudarse en ellas aprendido.

Vió á la princesa, hallóse enamorado,  
Y en torpe modo, y con grosero estilo,  
No del todo el combate sosegado,  
Corriendo aun sangre de su espada el filo,  
Llevando de ignorancia en su cuidado  
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,

A requestarla se atrevió en el brio  
De hallarse humilde dueño de un navío.

Pasó en donaire el loco atrevimiento  
De su beldad la gravedad severa,  
Y fue mucho en tan nuevo sentimiento  
Guardarse en su sereno rostro entera:  
Mas dando al gusto bárbaro otro viento  
El alma y la intencion mudó primera,  
Y el mismo día que se mostró su amante,  
Y ella á darle la vida fue bastante.

Hallándola dormida, de repente  
En la prision estrecha en que venia  
Con las fuerzas la puso de su gente,  
Y cual me hallaste á mí en su compañía:  
Y esto en compendios hasta el día presente  
La historia es suya, y la desdicha mia,  
Y de Angélica hija y de Medoro,  
La que ausente suspiras, y yo adoro.

Pondráte admiracion, que de dos pechos  
Tan blandos y amorosos por su parte,  
Solo á tiernas batallas de amor hechos,  
Sin nombre ni opinion en las de Marte,  
Naciese el brazo invicto, que á despechos  
Del mundo así campea su estandarte  
En los valientes dél, que con su sombra  
Lo mas florido de su rueda asombra.

Sabrás, oh invicto aliento de la fama,  
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,  
Padre que fue del mio, y yo la rama  
Mas asida á su tronco y descendencia,  
Cuando mas niña esta invencible dama,  
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,  
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,  
Que ahora las veo, y antes las dudaba.

Decia tambien que su animoso pecho,  
Donde aun á la materia vence el arte,  
No era todo de humana masa hecho,  
Que tenia de divino una gran parte;  
Que de los dioses uno, en nudo estrecho  
De amor paterno, á su ánimo reparte  
Su natural furor, y el caso todo  
Pasó, segun Artildo, en este modo:

Dicen que Marte en condicion severo  
Ya en otro tiempo fue de amor vencido,  
Sin que las armas de templado acero  
Defenderle pudiesen de Cupido:  
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,  
Que el cielo lo confiesa, y él rendido  
En las sutiles redes de su lecho  
Da por probado el adulterio hecho.

Vulcano en ciegos nudos de oro atados  
A su esposa y á él los halló un día,  
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados  
Del lazo en que su hijo los tenia:  
Bajó los graves dioses convidados  
A la gran presa que cazado habia,  
Dios hubo que tuviera á dicha buena  
Trocar su libertad por tal cadena.

El sol lo descubrió, cosa notoria  
Fue por el mundo su amoroso cuento:  
Mas envidiosos hubo de su gloria,  
Que dudosos habrá de lo que cuento:  
Olvidóse la afrenta en su memoria,  
Aunque no la ocasion de su contento,  
Trocando el freno del primer recato  
En desenvuelto y descubierto trato.

Sobre la playa y secos arenales  
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,  
Y á pesar de las ondas inmortales  
Siria levanta al cielo su cabeza:  
Hecha de rica pasta de metales  
La antigua Chipre está, cuya belleza  
Aumenta el monte Acámaso, y su faldas  
Llenas de ricas minas de esmeraldas.  
Aquí sobre su concha cristalina

Venus del mar salió la vez primera,  
De la espumosa lluvia y sangre fina  
Que sudó al mundo la estrellada esfera:  
Aquí tiene su altar y su cortina,  
Y en él su habitación mas verdadera:  
Y al fin aquí, como á su propio imperio,  
Se retiró despues del adulterio.

Un día que el dios sangriento á recrearse  
Al claustro vino de su alegre dama,  
(Si á la fama algun crédito ha de darse,  
Que estos son propios cuentos de la fama)  
Cupido comenzó á vanagloriarse  
De los varios efectos de su llama,  
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado  
Deste arco duro, y de su arpon dorado?

Júpiter quiero que me sea testigo,  
Pues Marte con mi madre está ocupado,  
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,  
Hable el laurel si me dejó vengado:  
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,  
El frío Neptuno, y Radamanto airado,  
Dirán si desde el cielo al bajo infierno  
Hay pecho libre deste brazo tierno.

No sé qué medio ninfa, ó medio estrella,  
Ocupada en seguir el monte y caza,  
Se alaba de que está de mi centella  
Su alma libre, y sin rendir su plaza:  
Mujer lozana, cazadora y bella,  
Y sin sentir el lazo con que enlaza,  
Es burla; que en la red mas olvidada,  
La que piensa cazar queda cazada.

De los dioses ninguno se ha librado,  
Los hombres mal pudieran defenderse:  
¿Al rústico pastor tras el ganado,  
Quien no gusta de verlo entretenerse,  
Proponer en ausencia su cuidado,  
Y en presencia temblando retraerse?  
Una vez arrogante, otra se humilla  
Al brio de su lozana pastorcilla.

Son varios los efectos y pasiones  
Que en corazones causo descuidados,  
Conforme á las diversas ocasiones  
En que los hallo y tengo encadenados:  
Quien quisiera salir de mis prisiones,  
Y romper sus fortísimos candados,  
Rompa ocasiones, atará deseos,  
Que los demás atajos son rodeos.

Gusto de ver llorar uno en ausencia  
La fuerza que le hace su cuidado,  
Otro en zelos perdida la paciencia  
Por lo que él en su cama ha fabricado:  
A otro en medio los gustos de presencia  
Un antojo le doy que es ya olvidado,  
Con que viendo lo mismo que via antes  
A los enanos juzga por gigantes.

En estos entremeses divertido  
Mi ociosa paso y descuidada vida,  
De esperanzas y engaños mantenido  
Y sobornado de alegría fingida:  
Traeme en sus ojos ahora entretenido  
Una reina adorada y perseguida,  
Que en el mundo es escándalo y centella,  
Y en el Catay Angélica la bella.

Es tanta su beldad, tanta su fama,  
Que quisiera por verla no ser ciego,  
Aunque fuera la yesca de mi llama,  
Con tal que se encendiera de su fuego:  
No vi su rostro, mas urdí la trama  
Que á mí sirvió de muerte, á mí de juego,  
Y su real brio, á quien faltó segundo,  
De tropezon universal al mundo.

¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,  
Que no escandalizase su hermosura?  
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,  
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?

¿Qué pecho libre, qué alma tan exenta,  
¿Qué presa no pusiese en cárcel dura?  
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,  
Que si los suyos vió no esté cautivo?

De reyes y de príncipes servida,  
¿Qué cetro le negó su vasallaje?  
Uno el juicio pierde, otro la vida,  
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje,  
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida  
Trocó un mundo de reyes por un paje:  
Si la agravié, será disculpa mia,  
Que ciego no miré lo que escogía.

Así braveando está el niño arrogante  
Mientras que á tienta un arco nuevo encuenda,  
Gustando Venus y su altivo amante  
Del blasonar y del poner la cuerda:  
Marte oyendo la fama resonante  
De la oriental belleza, con la izquierda  
Dicen que sin ver cómo fue herido  
A escuso de su madre de Cupido.

Dióle en el alma ociosa con destreza,  
Que es el amor sutil en demasia;  
Ya el tesoro de Venus es pobreza,  
El sol tinieblas, y la noche el día:  
Trueca inmortal por la mortal belleza,  
Y á una diosa una dama prefería;  
Pero no hay que admirarse destos juegos,  
Que en casa del amor todos son ciegos.

Las duras armas de bruñido acero  
En el templo de amor deja colgadas,  
Y tierno amante de soldado fiero  
A su entonado pide alas prestadas;  
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,  
Antojos nuevos son glorias pesadas  
Que aunque en sus hombros Icaros los lleven,  
Parece en el volar que no se mueven.

Del frío Geta en el helado clima  
Ocioso deja el carro en sangre tinto,  
Y en la guerrera Tracia airado arrima  
Del corvo alfanje el tachonado cinto;  
De su cruel rayo la espantosa grima,  
Que al mundo baja en resplandor distinto,  
La frente limpia con que el aire empece,  
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

Deja el grabado arnés, cuya acerada  
Máquina su abrasado cielo oprime,  
Y la nublada clava reforzada,  
Que el polo con su grave peso gime;  
Del corvo escudo, y la tajante espada,  
Las turbias luces que espantosa esgrime,  
Con que la Libia enciende, abraza á España,  
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

Deja al fin el potente dios terrible  
Del acero el estruendo resonante,  
Deja el ceño espantoso, y vista horrible,  
A una sombra fantasma semejante:  
Volviendo blando amor, si esto es posible,  
Aquel su fiero y áspero semblante;  
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?  
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

Sale volando, y de un alegre viento  
Una nube formó resplandeciente,  
Parecida á su nuevo pensamiento  
En lo hermoso, vano y transparente;  
Y en buscar la ocasion de su contento,  
Presto, ansioso, colérico, impaciente,  
A un cabo y otro busca por la tierra  
La que ha de poner paces en su guerra.

Los ojos tiende por el bajo suelo,  
De diversas naciones ocupado;  
A Europa mira, y su benigno cielo,  
Su rico asiento, su vivir templado:  
La fértil Libia, que con seco vuelo  
Sus blancas costas lleva al diestro lado  
Con las sirtes sin tez, á quien da cama

El mar, que en medio dellas se derrama.

Deja á la izquierda el Norte y sus alturas  
De un inmortal invierno acompañadas,  
Y á sus verdes espaldas las llanuras  
Del Ponto y sus arenas escarchadas:  
Del frío Tanais las costas mal seguras,  
De bárbaras naciones cultivadas,  
Y del vecino Colcos el tesoro,  
Si aun dura entero el vellocino de oro.

Mira el boreal Zarambe peñascoso,  
Cercado de arrecifes inhumanos,  
La antigua Troya, y su llin famoso,  
Sepulcro ya de griegos y troyanos:  
El Sigeo, peñasco peligroso,  
El Proponto, los Bósforos cercanos,  
Con los que guardan las reatas almenas,  
De mil tragedias dolorosas llenas.

A Zaistro y sus aguas espejadas,  
Que al son de blancos cisnes las despeña  
Meandro de riberas marañadas,  
Que de seguir un curso se desdena:  
Y del rio Pactolo las doradas  
Ondas con que en ruido alegre enseña,  
Que no hay bien ni favor mas sin provecho  
Que la riqueza en avariento pecho.

Del monte Ida la cumbre levantada,  
Y el bosque donde París dió el juicio  
Sobre la competencia celebrada,  
Que al mundo su furor sacó de quicio:  
Aquí Marte con alma enamorada  
Dicen que dijo: «tengo por indicio,  
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,  
Porque antes no nació mi nueva diosa.»

De allí mira el gran templo de Cibeles,  
Su inútil gusto, y vana hipocresía,  
Sus sacerdotes bárbaros infieles,  
De triste complexion y sangre fria:  
Los Zalibes incultos y crueles,  
Ricos del oro que su asiento cria,  
Y el rio Halis y su curso avieso,  
Famoso por el hado del rey Creso.

Mira tambien al Iris caudaloso  
Como su cristalino curso espacia,  
Y el bravo Termódonte sonoro,  
Fines de Capadocia y de Farnacia:  
El altísimo Latmo peñascoso,  
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,  
Que la luna bajó á guardalle el sueño,  
Y á gozar los amores de su dueño.

Sobre la costa del Carpacio mira  
La alta Cilicia con su monte Tmolo,  
Donde el dios Pan tocó su ronca lira  
En competencia del dorado Apolo:  
Y el Tauro que su cumbre en torno gira,  
Y de la nieve de un collado solo  
Cidno por sus vertientes se dilata  
Con limpias ondas de bruñida plata.

Del Caspio mar las playas espumosas  
Mira, y sus arrecifes espantables,  
Cercados de naciones belicosas,  
Gentes bárbaras, fieras, intratables:  
Las hiperbóreas cumbres monstruosas  
De vertientes y campos saludables,  
Y á los que dan sus selvas acogida  
En sabrosa quietud y larga vida.

Mira entre los Cerámicos y Hipicios  
Las libres amazonas sin varones,  
Gente traída al mundo por indicios,  
Mas que por verdaderas relaciones:  
Los que habitan del Cáucaso los quicios,  
Y cultivan sus fértiles terrones,  
Al pié del risco altísimo y nevado  
A que está el sabio Prometeo ligado.

Los Scitas sin república formada  
Sus ásperos desiertos conservando

A quien de Batros la corriente helada

Va con prolija vuelta rodeando:  
Mira al austro en altura mas templada  
Irse las dos Armenias dilatando,  
Y sobre sus collados espaciosos  
A Nifates y Tigris caudalosos.  
Mira cual nacen de unas mismas fuentes  
El Eufrates y Araxes sonoro,  
Que por despeñaderos diferentes  
El mar buscan en curso impetuoso:  
Este al Hircano lleva sus crecientes,  
Y aquel al seno Pérsico famoso,  
Haciendo rica y fértil de pasada  
La gran Mesopotamia celebrada.

Cansado de mirar tantas regiones,  
Sin ver en ellas ia que va buscando,  
Los ojos vuelve, y mira los rincones  
Del celestial incendio humeando:  
Las negras etiopicas naciones,  
Y el mar sobre sus costas reventando,  
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,  
Entonces al dios Marte fue patente.

Por Egipto y Arabia entremetida  
Vió del mar Rojo la delgada punta,  
Que aunque de playas ásperas ceñida  
Casi al Mediterráneo mar se junta:  
Y allí de blancos nácares tejida  
La rica Tilos, donde amor barrunta  
Que fueron los primeros minerales  
De las preciosas perlas orientales.

Mira la carcomida sepultura  
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,  
Y de la Siria la áspera llanura  
Toda á la sombra de su nube opuesta:  
De Palestina adora la ventura  
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,  
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora  
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.

De Jope mira el muro envejecido,  
Que nació al mundo en su primer verano,  
Y de Sodoma el campo convertido  
En lago infame, y á la diestra mano  
El noble rio Jordan fresco y florido,  
Y de Samaria el pedregoso llano,  
Los fértiles palmares de Idumea,  
Y la encumbrada y alta Galilea.

Mira hácia el Sur las Návatras regiones,  
Y en ellas las Arabias incluídas,  
La Petrea y sus estériles mojonos,  
Y el Sinai de selvas escogidas,  
Donde fueron por Dios las peticiones  
De un profeta escuchadas y admitidas,  
Y con estilo y nota verdadera  
Al mundo se escribió la ley primera.

De la desierta Arabia los mudables  
Collados mira y su abrasada arena;  
La Feliz y sus campos saludables  
De rica mirra y cinamomos llena:  
De Pancaya las selvas admirables,  
Que al mundo sudan en copiosa vena  
El incienso y el bálsamo oloroso,  
Del saludable cielo don preciosos.

Mira en sus arboledas deleitosas  
La fenix de dorada plumería,  
Que en solo aquellas selvas venturosas  
Y sus montañas se sustenta y cria:  
Allí entre frescas yerbas olorosas  
Vive sin otro amor ni compañía,  
Y cuando la vejez tras sí la lleva,  
El fuego la consume y la renueva.

Prosigue y mira en su ligero vuelo  
Entre el Tigris y Eufrates abreviada  
La fértil tierra que parió en el suelo  
La confusion de lenguas marañada:  
La torre que pensó escalar el cielo,